

**Karl MOORE y David LEWIS, *The Origins of Globalization*, Nueva York, Routledge, 2009, 276 pp + xvi.**

Los autores de este libro ya destacaron en 1999 con la publicación de *Birth of the Multinational* (editor), obra que en su momento obtuvo elogiosas críticas, breve y publicitariamente reseñadas en la contraportada de esta edición. Karl Moore es profesor de Strategy and Leadership en la Desautels Faculty of Management, McGill University, y miembro asociado del Green Templeton College, Oxford University. David Lewis es un autor especializado en historia antigua de los negocios y ejerce docencia en el Citrus College, Glendora (California). El presente estudio pretende ser un paso adelante en el campo de trabajo de Moore y Lewis, abarcando no ya un caso concreto sino un largo, larguísimo periodo histórico, que equivale a lo que los historiadores clasifican como «Antigüedad». De entrada, es muy de apreciar el valor y la ¿osadía? de tratar temas históricos de tan *longue durée*. El resultado siempre es dudoso y criticable, pero la necesidad de estos tipos de estudios eximen de los errores de planteamiento o de otras características. Por ejemplo, ¿es siempre correcta, suficientemente exhaustiva y exacta la bibliografía utilizada? Uno encuentra a faltar estas referencias bibliográficas, que solo aparecen en notas finales, y que hacen suponer que el aparato bibliográfico es ciertamente abundante y significativo, pero lejos del rigor que este tipo de obra necesitaría.

El libro ha recibido críticas favorables, como por ejemplo la de Neil Reynolds, en la canadiense *The Globe and Mail*, pero también críticas menos favorables, como la de Neville Morley, de la Universidad de Bristol, para quien el libro resulta desconcertante, atribuyéndole defectos como estar basado en información extraída de síntesis de distintas épocas, algunas bastante anticuadas y algunas de dudosa fiabilidad, ya que se basa en interpretaciones ajenas, algunas de ellas altamente especulativas y alejadas de la evidencia. También critica defectos de vocabulario, como la propia conceptualización de «globalización» entendida tan solo como la difusión de las empresas multinacionales, o el empleo del concepto de «ejecutivo» (*chief executive*), excesivamente general y, por tanto, vacío de sentido.

Desde un punto de vista formal, la obra se estructura en un prefacio y 9 capítulos, sorprendentemente cortos para lo ambicioso de la exposición, como ya he dicho. Asimismo se intercalan en el texto numerosos cuadros o tablas explicativas y mapas. Los cuadros pretenden ser sistematizaciones cronológicamente ordenadas y resultan, cierta-

mente, útiles para entender el texto. Un buen ejemplo de ello lo constituye el cuadro 2.2, que recoge las similitudes y diferencias entre el sistema egipcio («casi socialista»), el mesopotámico («casi corporativista») y el de Ebla («casi empresarial»), donde el poder entre el conglomerado palacio-templo y la gestión privada varían considerablemente de grado del primero al tercero. Según los autores, «el libro contempla la historia de las mayores culturas de negocios (comerciales) desde los inicios de la civilización hasta los romanos. Lo que se enfatiza es que las formas de hacer negocios son muy diferentes. Algunas estaban organizadas desde arriba, otras eran muy empresariales, y otras eran una creativa mezcla de ambas. No hubo una forma correcta de organización. A través de los siglos, si hubo alguna palabra o concepto clave para definir el mecanismo del comercio entre el Egeo y el Mar Amarillo, fue la palabra cultura. Las pautas culturales afectaron a la dirección en la cual gestión, trabajo y organización social podían fluir» (p. 207). Eso parece entroncar con la realidad actual, y por eso las conclusiones de un autor como David Landes resultan tan asumibles para estos autores. Landes sostiene que «la cultura cuenta», lo que haría profundamente distintas las sociedades de distintas culturas. Ahora bien, la referencia, en última instancia, a un concepto tan inconcreto como la «cultura» es un punto débil de la argumentación. La historia económica institucional al menos puede hacer referencia a un concepto sólido, si bien discutible, ya que las «instituciones» se entienden como formas de organización de cualquier tipo, pero «cultura» es mucho más abstracto, como el concepto de «mentalidades» o, incluso, «religión». ¿*Path dependence*, por ejemplo, no sería mejor?

Para Lewis y Moore las diferencias consisten en que las distintas culturas solventaron sus problemas comerciales con distintos sistemas, de manera que las culturas mesopotámicas adoptaron un sistema de príncipes mercaderes, como hicieron los alemanes medievales y sus descendientes actuales. Los fenicios y los cartagineses manejaron sus sistemas de comercio mercantilista como una extensión de la guerra naval, y también, en gran medida, los italianos medievales, los españoles del siglo XVI, los holandeses del XVII y los japoneses del XX. El modelo empresarial griego fue adoptado por la escuela británica del libre comercio y la empresa militarizada de Roma se repite en la producción en masa y la economía militar-industrial americana. Algunos pensadores chinos vieron los negocios como una extensión de la guerra por otros medios, anticipándose por siglos a los pensadores británicos y americanos de la persuasión purista (*purist persuasion*). Hubo un lento viaje de naciones, ciudades y pueblos hacia lo que se podría llamar la economía proto-global. Las primeras economías de la Edad del Bronce fueron regionales, desarrollándose en Mesopotamia, Egipto, India y China. No sería una barbaridad hablar de globalismo para definir, por ejemplo, las conexiones entre Roma y la China de los Han.

En el prefacio y en el primer capítulo («Teoría moderna y práctica antigua. ¿Es nueva la globalización?») los autores discuten la idea de la globalización como un fenómeno reciente. En realidad, ese es el *leitmotiv* de la obra: las diferencias son de grado y volumen, pero el fenómeno de la globalización, desde tiempos tan remotos como Súmer, 3500 años a.C., es el mismo. Los modos de organización política, social y económica, y las consecuencias de la globalización sobre ellos, se repiten a lo largo de la Historia con variedades que se alternan en función de cambios internos y externos muy

complejos. Así, la economía egipcia tendría concomitancias con el moderno estado socialista, asirios y fenicios crearían los modelos de las protomultinacionales, la cultura griega sería la primera cultura «empresarial» propiamente dicha... sin necesidad de remontarnos a la edad moderna y al auge del capitalismo. Pero el peso intelectual del legado del imperio británico sobre la historia, con su racismo y convencimiento de que el capitalismo representa el triunfo de la mejor forma de organización económica, desdibujaría la aportación de los tiempos pretéritos y el trascendental papel de China e India, o de las zonas de contacto como Persia.

La globalización constituye un concepto de gran polivalencia, en la actualidad. Los autores del texto repasan las distintas definiciones al uso, pero al final deciden centrarse en la que, para ellos, resulta más funcional, que es la globalización geográfica. En este sentido, como señalan, el fenómeno de la globalización es aplicable a todos los momentos en que diferentes áreas geográficas, de marcada personalidad social y económica y dotadas de una unidad considerable, han entrado en contacto con otras de diferentes características, a través del comercio, sobre todo, aunque no exclusivamente. Así, desde épocas tan remotas como la de los mercaderes púnicos en el Mediterráneo, se asiste a un proceso de globalización creciente, o de sucesivas globalizaciones, que van haciendo a la Humanidad más mutuamente interdependiente. Pero esto, en definitiva, ¿no se parece demasiado a una aproximación más de la historia del comercio en el mundo antiguo?

De este modo, el nexo de unión de la obra es este, el de la globalización geográfica. Los autores del libro van en pos de una globalización que se originaría en Mesopotamia y que marcharía hacia el oeste, hasta la globalización que supuso el Imperio Romano. Hacia el siglo IV a. C., en la época helenística, se puede hablar ya de una globalización que integraría occidente (es decir, los pueblos en torno al Mediterráneo) con los pueblos de la India e incluso China, a través de débiles líneas de contacto como la ruta de la seda. Sin embargo, partiendo de la óptica occidentalista del texto, los pueblos situados al este del Indo parecen haber seguido una trayectoria propia, desconocida e inarticulada hasta los primeros contactos con occidente. También es cierto que el marco cronológico de la obra soslaya una época mucho más reciente (tal vez en torno a la época en que la expansión musulmana empezó a englobar estas áreas con el oriente más próximo) en la que los episodios globalizadores empezaron a tener mucha más entidad.

Aunque Moore y Lewis aseguran seguir, en cierto modo, a Karl Polanyi, de manera que los análisis de carácter producción/reproducción no les son ajenos, su enfoque parece mucho más ligado al modelo mercado/distribución (recuperando la útil clasificación de Nell, 1994), de manera que la fuente del cambio social sugerido es precisamente el intercambio, ese «magnífico» intercambio que es el origen del mercado y, por tanto, de las formas de organización mercantiles y, en definitiva, capitalistas. En función de la disponibilidad de determinados productos, y la necesidad de determinados otros, los diferentes pueblos entran en contacto y se produce ese intercambio, a la larga tan enriquecedor para todos. El economista encontrará buen material para argumentar los conceptos de ventaja comparativa, entre otros. Las condiciones en que se producen los determinados ítems parecen soslayarse totalmente, o no ser en

absoluto relevantes, como por ejemplo el espinoso tema de la esclavitud. No es que los autores se declaren discípulos de Von Mises, «santo patrón del liberalismo moderno, para quien el descarnado individualismo y los mercados sin control son el orden natural de la sociedad», ya que se declaran partidarios de una mayor complejidad, similar a la «economía mixta» enunciada por Polanyi en el primer capítulo, pero la simplificación con que abordan sociedades tan complejas y distintas, y a lo largo de un periodo de tiempo tan largo, hace que, en definitiva, el proceso parezca tan solo dependiente del comercio o, si se prefiere, del intercambio.

### **BIBLIOGRAFÍA**

NELL, E. J. (1994), *Historia y teoría económica*, Barcelona, Crítica.

RICARD SOTO